

—¿Sabeis el motivo que os trae á este lugar?

—Cierto que lo sé; porque estoy viendo á un hombre que duda de mi probidad y que me trata como si yo fuera un ladrón no teniendo para ello derecho ninguno.

Iba el mercader á responder; pero no se lo permitió el juez.

—Larry, continuó, os acusa un hombre que, con justa razón, goza de la confianza pública, de haber robado un bulto que encerraba objetos de mucho precio y que debíais llevar á su casa. ¿Qué teneis que decir para justificaros?

—Que ese hombre miente, exclamó Larry con indignación.

Pero, después de este momento fugaz de cólera, recobró su serenidad y contó con minuciosidad al juez la pérdida del encargo.

—Vuestro relato es tan natural y verosímil, que me hallo dispuesto á creer en vuestra inocencia. La honorífica licencia que habeis conseguido de vuestro regimiento, es además una prueba que aboga en vuestro favor. Pero, la justicia tiene sus leyes severas; voy á mandar que entren los testigos que contra vos están citados.

Entonces, se acercaron á la mesa del juez dos hombres de mala apariencia y declararon que habian visto á Larry seguir la orilla del Támesis hasta las puertas de la ciudad; que, fuera ya, se internó en un bosque y regresó, al cabo de una hora sin la carga que antes llevaba.

—¿Qué contestación teneis que dar á esto?

—Soy forastero en Londres, dijo Larry. Dios solo conoce mi inocencia; pero yo, no puedo daros de ella una prueba material.

Pronunció Larry estas palabras con acento tan firme, que un rumor de curiosidad cundió por la sala; al poco rato se abrió la puerta y entraron Lambert y el capitán Ritchon.

—Venimos los dos aquí, dijo el último dirigiendo la palabra al juez, á defender á este pobre jóven, á quien ha comprometido una gran desgracia. Ha servido á mis órdenes en España, y puedo jurar que no he conocido jamás soldado mas fiel y desinteresado. Su conducta ha sido siempre la misma, y el capitán Lambert que tomó, cuando yo me retiré, el mando de la compañía, acaba de escribirme recomendándomele con el mayor interés. Es imposible que, habiéndose conducido con tanta nobleza, haya manchado, con una acción culpable, el recuerdo de muchos años de una conducta irreprochable.

—En cuanto á vos, dijo en seguida Lambert al demandante, es preciso que tengais un corazón muy endurecido y malvado ó que hayais perdido la razón, para preferir al reembolso que os ofrecia la vil satisfacción de turbar el sosiego de ese jóven, contra quien no teneis derecho á abrigar la menor sospecha.

—Tal vez tengais razón, dijo el demandante; pero yo, ante todas cosas, soy amante de la justicia y me atengo á lo dicho. Si ese mozo no es culpable, lo recompensaré de lo que padezca, y confesaré sin rebozo su inocencia. En este caso, si parecen las mercancías que han desaparecido, se las regalo. Pero, si es criminal, deseo que sirva de escarmiento un castigo ejemplar á quien quiera que trate de imitarlo.

—Está bien, está bien, dijo con precipitación Ritchon; no permitiré Dios que sea Larry castigado injustamente; él nos juzgará á todos.

El juez se levantó y manifestó que, no siendo suficientes las pruebas presentadas por una y otra parte, aplazaba la causa para dentro de tres días, á fin de que tuviesen tiempo las partes para mejorar las pruebas.

Volvió Larry á la cárcel, y Ritchon y Lambert salieron silenciosos del tribunal. El demandante tomó otra puerta, como si temiese tropezar con ellos.

Apenas habia regresado á su casa, mandó Lambert á sus criados que se fuesen á la orilla del Támesis y ofrecieran un buen hallazgo á los barqueros que diesen con el fardo perdido.

Larry, que seguia preso, esperó con impaciencia el tercer día, sin cesar de invocar, en su auxilio, la protección del cielo. Por fin, llegó el instante terrible. El juez, silencioso y sentado en su silla, recorria los papeles que delante tenia. Ritchon y Lambert estaban tristes y pensativos, en tanto que cierto aire de triunfo daba animación al rostro del demandante.

La primera pregunta que hizo el juez, fué para saber si se habia hallado el objeto perdido.

—No, respondió el demandante.

—Jóven, continuó el juez, ¿estais ya conforme en confesar vuestra falta?

—Soy inocente; esta fué la primera y última palabra que pronunció Larry.

Algunos momentos después se levantó el magistrado y leyó la sentencia, concebida en estos términos.

Condenamos á Larry Mooney, soldado del regimiento irlandés, licenciado del ejército de España, acusado y convicto de hurto, como resulta de los debates y de las declaraciones dadas en el proceso, á seis años de presidio.

Pálido como la muerte, volvió Larry la vista en ademán de súplica hacia sus protectores: capitán, exclamó con voz trémula, solo me queda una gracia que pidiros; es que anunciéis á mi familia que he muerto en España. Dios os perdone esta mentira. Adios.

Los esbirros lo sacaron arrastrando del tribunal.

(Se continuará.)

LA CADENA DE LOS DESEOS.

(CUENTO ALEMÁN.)

Un pescador y su mujer habitaban juntos una miserable barraca á orillas del mar, y pasábanlo menos que medianamente, porque el pobre hombre cuanto mas asiduo era menos afortunado en su pesca.

Hallándose en la playa cierto día sentado junto á su sedal, con los ojos fijos en las azules ondas, vió de repente hundirse y descender el anzuelo: en seguida tiró de él, y ¡oh gozo! vió al sacarle del agua que traía prendido un pescado de estraña forma y de razonable corpulencia, el cual

al verse prisionero entre sus manos, díjole clara y distintamente estas palabras:

—Ruégote que me dejes vivir; porque has de saber que aunque te lo parezca, yo no soy un verdadero pez, sino un príncipe encantado. ¿Qué ganarias dándome la muerte? Yo no sería para tí un grande regalo: arrójame pues al agua y déjame nadar.

—En verdad, dijo el hombre, que no necesitabas encarcelarme tanto: creo que no haré nada de mas dejando nadar á sus anchas á un pez que goza del don de la palabra.

Y diciendo así le da rienda suelta, con lo que el pescado se hundió de nuevo en lo profundo del mar, dejando en pos de sí un largo surco de sangre.

En seguida el pescador se fué á la barraca en busca de su mujer.

—¿No traes nada hoy? le dijo esta en cuanto le echó los ojos encima.

—No, replicó el marido; porque aun cuando cogí cierto pez bastante extraño, volvíle á dejar en libertad en su elemento al oírle decir que era nada menos que un príncipe encantado.

—¿Sin pedirle nada en cambio? replicó la mujer.

—¿Y qué diablos querías que le pidiese?

—¡Ah! contestó la mujer; es muy triste habitar toda la vida en una pocilga tan sucia é infecta como esta: hubieras podido muy bien pedirle para nosotros una pequeña cabaña. Vuelve, pues, á la playa, llama al pez á quien perdonaste la vida, y dile que deseamos tener no mas que una cabaña. Ya ves que no es mucho pedir, por lo que de seguro nos la concederá.

El hombre quiso hacer algunas objeciones, pero no se resolvió á ello. Bajó, pues, la cabeza y se encaminó á las orillas del mar. Una vez delante del agua, que estaba amarilla y verdosa, se puso á evocar al pescado de esta manera:

Pececillo encantado,
de brillantes colores matizado;
mi Isabel se exaspera y desgañita:
ayúdame á sacarla de su cuita.

El pez avanzó hácia él, y asomando apenas la cabeza le dijo:

—¿Qué es lo que ella quiere?

—Al saber que te habia tenido entre mis manos se empeña en sostener que yo debia haberte pedido alguna cosa. El caso es que la pobre se aburre y desespera porque habita en una barraca, quisiera, por lo tanto, morar en una simple cabaña.

—Vuelve por donde has venido, contestó el pescado: tu mujer tiene ya lo que desea. Volvió nuestro hombre con efecto, y su mujer no estaba ya en la barraca. En el lugar de esta habia una linda cabaña, y su mujer se encontraba á la puerta sentada sobre un banco.

Así que se acercó, tomóle ella de la mano, diciéndole:

—Entra y mira: esto va de bien á mejor.

Penetraron, pues, y en la cabaña habia una salita con su alcoba, una cocina y un comedor, con reluciente espejetera de cobre aquella y este con todas las vasijas de un ser-

vicio completo. Detrás habia una especie de corraliza con gansos y gallinas y un jardinillo con legumbres y hortaliza.

—¿Ves, dijo la mujer, no es todo esto muy bonito?

—Sí, dijo el pescador; estando así bien podemos vivir dichosos.

—Ya veremos, replicó la mujer.

—Después de esto comieron y se acostaron.

Así lo pasaron durante unos quince dias; después de los cuales dijo la mujer:

—Escucha, marido mio: en verdad que esta cabaña es tambien demasiada estrecha, y por lo que hace al huertecillo y al corral son tan pequeños! Bien podia el pez, á quien perdonaste la vida habernos proporcionado una vivienda de mas capacidad. A mi me gustaria habitar un gran palacio de piedra: anda, pues; ve á buscar al pescado; es preciso que nos proporcione un palacio.

—Pero mujer, contestó el pescador, esta cabaña es bastante buena: ¿De qué nos serviria habitar un palacio?

—Anda, anda,—repitió la mujer,—que el pez bien puede hacerlo.

—No, mujer,—repuso el marido;—precisamente acaba de regalarnos esta cabaña: yo no me determino á volver allá: temeria importarle.

—No hay impertinencia que valga; puede hacerlo y lo hará de buen grado. Te digo que vayas sin perder tiempo.

El hombre sentia á par de su alma dar semejante paso, pensando para sí: «Esto no está bien.» Sin embargo, era débil y obedeció.

Cuando llegó á orillas del mar, el agua tenia un color violáceo y de un azul sombrío y no verde y amarillo como la vez anterior: las olas, sin embargo, no daban aun muestras de agitarse. El pescador avanzó tímidamente hácia ellas y dijo:

Pececillo encantado,
De brillantes colores matizado,
Mi mujer se exaspera y desgañita,
Ayúdame á sacarla de su cuita.

—¿Qué se la antoja, pues,—dijo el pescado?

—¡Ah!—dijo el pobre hombre con cierta turbacion—pretende habitar en un gran palacio de piedra.

—Vuelve en seguida á tu morada; contestóle el pez lacónicamente.

Y el pescador se dirigió allá creyendo volver á encontrar su cabaña. Pero conforme se iba aproximando vió un gran palacio de piedra, y en lo alto de las gradas á su esposa en disposicion de penetrar en el interior. Aguardó á su marido, no obstante, y cuando le tuvo cerca de sí tomóle por la mano y le dijo:

—Entra conmigo.

Siguióla él obediente, y en el palacio habia un vestíbulo inmenso, cuyas paredes estaban revestidas de mármol. Allí se encontraban una turba de criados que cubrian con solemne aparato las puertas delante de ellos: los muros eran brillantes y cubiertos con colgaduras de damasco y terciopelo: las sillerías y las consolas eran de oro; riquísi-

mas arañas y lámparas de cristal se destacaban suspendidas de los artesonados, y en todas las salas y habitaciones se veían tendidas las mas primorosas alfombras, compitiendo con los artísticos tapices. Los mas exquisitos manjares y regalados vinos abumaban las mesas, hasta el extremo de temer que se aplanasen con el peso. Detrás del palacio habia un inmenso patio con establos para el ganado vacuno y excelentes caballerizas para los caballos, y espaciosas cocheras con carruajes magníficos. Habia asimismo un espacioso y soberbio jardin, cuajado de las mas bellas flores, árboles y frutos, y en fin, un parque de una legua lo menos de estension donde cruzaban los ciervos, los jabalíes, las liebres, toda cuanta caza pudiera apetecerse.

—¿Qué tal? —esclamó la mujer— ¿no es todo esto estremadamente hermoso?

—¡Ah, sí! —respondió el marido— acomodémonos aquí. Habitando tan hermoso palacio no podremos menos de vivir satisfechos.

—Pensaremos en eso —dijo la mujer; ahora vámonos á dormir, que ya es hora.

Y en tal disposicion se acostaron.

Al siguiente dia despertó la mujer cuando ya iba adelantando la mañana, que por cierto era apacible, y desde la cama pudo observar la deliciosa campiña que se estendia delante de sus ojos. El marido á la sazón estendia los brazos despertando tambien.

Ella le toca con el codo y le dice:

—Ea, perezoso, levántate y mira por el balcon; ¿no te parece que podriamos ser soberanos de todo este país? Anda de nuevo á buscar al pececillo; nosotros seremos reyes.

—¡Ah mujer! —centestó el pescador; ¿y por qué hemos nosotros de ser reyes? Maldito si tengo ganas de ello.

—Corriente —repuso la mujer— si tú no quieres ser rey, eso no impide que yo quiera ser reina. Corre á buscar al pez, que yo quiero ser reina.

—Pero mujer, ¿estás en tu juicio? Yo no voy allá con semejante pretension.

—¿Y por qué? —repuso la pescadora con imperio— Te repito que vayas al instante, porque es preciso que yo sea reina.

Nuestro hombre se puso en camino, aunque muy consternado por los locos deseos de su mujer.

—Esto no está bien; esto no está bien, iba el pobre repitiendo por el camino; mas sin embargo caminaba.

Cuando se acercó al mar, le vió de un color gris sombrío; las olas hervian, y desde el fondo á la superficie salia un olor fétido.

El pescador, temeroso, repitió su cantinela.

Pececillo encantado
de brillantes colores matizado,
mi Isabel se exaspera y desgañita,
ayúdame á sacarla de su cuita

—¿Y qué es lo que pretende, dijo el pez asomando apenas la cabeza.

—¡Ay!.... dijo el pescador, ha entrado en deseos de ser reina.

—Vuélvete, ya lo es; dijo el pececillo.

Partió nuestro hombre y al aproximarse al palacio vió que se habia ensanchado, ostentando un alto torreón decorado con adornos régios, distinguíanse centinelas en las puertas, y en los contornos gran tropel de soldados que iban y venian de aquí para allá, al compás de los tambores y clarines.

Al entrar en el vasto edificio, el atónito pescador vió por todas partes el pórfido mas rico incrustado de oro, tapices y cortinajes de mayor magnificencia que los anteriores, y grandes cofres y arcas conteniendo oro acuñado.

Abriéronse las puertas de la gran cámara de recepcion: toda la corte se encontraba allí reunida, y descollaba su mujer sentada sobre un trono elevadísimo, todo de metales preciosos y esmaltado con diamantes: ostentaba sobre su cabeza régia diadema de oro, y tenia en su mano un soberbio cetro de oro puro, gaernecido de piedras preciosas. A cada lado se veían dos filas de damas en la flor de su juventud y deslumbrantes de hermosura.

El pescador avanzó diciendo:

—He aquí, mujer, colmados tus deseos. ¡Eres ya rein

—Reina soy, con efecto, respondióle la pescadora.

(De los hermanos Grimm.)

(Se concluid.)

FRAGMENTO

DE UNA POESIA DE LORD BYRON.

Aunque ofrece no poca dificultad dar una idea en prosa española de los hermosos versos con que ilustró su nombre á principios de este siglo el célebre poeta inglés Lord Byron, cuyo vuelo intentaba seguir nuestro Espronceda, no sin fortuna algunas veces.

«¡Salud ondas mugientes! Transportadme veloces donde quiera que sea. Rómpanse en buen hora los mástiles como débiles juncos, destrócense los velas, no importa: sigamos mi destino.

Soy como la hoja arrebatada por las olas del risco en que nació y convertida ya en juguete de las tempestades.

En el ardor de mi juventud, he cantado la carrera vagamunda de un hombre que huía de sí mismo, de un proscrito perseguido por sombríos pensamientos, ahora vuelvo al mismo asunto porque le llevo en mi corazón como el viento lleva las nubes. En él vuelvo á encontrar los hondos vestigios de mis recuerdos y de aquellas lágrimas que se secaron ya, pero que han descubierto arenas abrasadas y estériles, en que no hay flores sino los anuncios de una vida fatigosa cuanto esforzada.

Desde los apasionados dias de mi juventud, desde aquellos dias en que reinaban sucesivamente la alegría y la tristeza, mi corazón y mi lira no están más acordes. En vano probaré á cantar como lo he hecho otras veces; mas no importa; seguiré tan triste asunto, con tal que aparte de mí tantos sueños amargos; con tal que me envuelva en

es á quien busco, á vosotras á quienes vengo á pedir y á traer la felicidad.

—¡Cielos, mi marido!—esclamó Evelina, arrojándose en los brazos de Barnay.

—¡Padre mio, padre mio!—gritó Emma, loca de contento.

—¡Barnay aquí!...! En dónde está?—preguntó la anciana Kitty, que no tenia fuerza bastante para buscarle.—¡Oh, hijo mio! ven á los brazos de tu madre; tan debilitada está su vista, que no puede distinguir tus facciones. Hijos míos, traedme á Barnay.

El jóven entonces se arrojó á los piés de su madre, cubriendo sus manos con besos.

—¡Bendito mil veces sea el Señor—decia—que te conserva la vida! Perdóname todos los pesares que te he causado.

Tierna era la escena é interesante el cuadro que ofrecia esta familia, entregada á las mas dulces emociones del corazon. Tardó poco en mezclarse á este gozo el pesaroso recuerdo de Larry. Mas no duró mucho este fulgor de tristeza, porque casi al mismo tiempo se escucharon los acentos de un canto suave y melodioso que acompañaban los ecos del arpa.

—Los moradores de la cabaña temblaron de asombro, al cual se mezclaba el temor. Barnay sonreia, porque era el único que conocia el secreto que encerraba esta armonía.

Reinó por un momento el mas profundo silencio, y escuchóse en tanto el canto siguiente:

—«A Dios elevé el corazon con filial confianza; en él deposité mi esperanza en los dias de afliccion, y ha escuchado mi plegaria.»

«Su mano me trae al seno de mi madre; tras la tormenta, los hermosas dias; á los años de prueba sigue un porvenir sin nubes.»

No pudo Kitty oír mas. «Venid hijos míos, venid, esa voz es la voz de Larry; la he conocido al punto. ¡Tambien vuelve Larry! Gracias, Dios santo, que me concedéis, antes de llamarme á vuestro tribunal, tan inmenso consuelo.»

Entonces tocaron á Larry las caricias de la familia; y todos entraron en la cabaña para oír de los labios de ambos hermanos la narracion de sus aventuras.

—Yo debo empezar—dijo Barnay—debo confesar mis faltas, que tantas lágrimas y pesares os han costado; tras de mi historia os parecerá la de Larry mas interesante, porque él no tiene de qué acusarse. Pero confio en que me perdonareis, siquiera por lo mucho que he sufrido; por fin Dios ha cambiado mi corazon.

—Todo lo olvidamos, hijo mio—respondió la anciana Kitty.—De aquí adelante sé bueno y laborioso; es el modo de que seamos felices.

Así que, cuando le llegó la vez, habló Larry, se postró de hinojos la familia á fin de tributar al Señor ardientes gracias, y en seguida separáronse todos para gozar de los encantos del descanso.

(Se concluirá.)

LA CADENA DE LOS DESEOS.

CUENTO ALEMAN.

(Conclusion.)

En cuanto la ambiciosa insaciable hubo dado esta contestacion, el pescador, su marido, se aproximó á ella, y despues de contemplarla estupefacto durante algunos instantes, la habló de esta suerte:

—¡Ah, mujer mia! ¡Qué dicha tan grande que tú seas reina! Ahora no tenemos ya nada que de sear.

—Nada menos que eso, señor marido—respondióle ella con viva agitacion.—A mí no me complace ser por mucho tiempo una misma cosa. Con que emprende de nuevo tu marcha en busca del pececillo. Soy reina, es cierto; ahora es preciso que llegue á ser emperatriz.

—Pero mujer—esclamó confuso el marido,—¿por qué tienes ahora tan inaudita exigencia?

—Lo dicho—repuso con altanería la pescadora-reina—corre al encuentro del pez, te repito: deseo ser emperatriz.

—Mujer, yo no me atrevo á pedir tanto á nuestro protector. Por otra parte, el pez no puede hacer eso, porque no hay mas que un emperador en el imperio.

—Yo soy reina y tú eres mi marido—replicó ella—con que á ver si te decides por buenas á partir al instante. Anda, hombre, que quien ha podido hacernos reyes tambien podrá hacernos emperadores.

Fuéle, pues, preciso ponerse en marcha; mas al tiempo que se iba alejando crecia mas y mas su turbacion, y decia para sí: «Esto no puede parar en bien. ¡Emperatriz! es mucho pedir; el pececillo no podrá menos de tomarlo á mal y enfadarse.»

Mientras andaba poseido de tales pensamientos vió que la mar estaba negra y se alborotaba: las espumosas olas cubrian la superficie y el viento las encrespaba soplando con violencia.

El pobre temblaba hasta sentir espeluznos. Sin embargo, acercóse á las turbulentas ondas, y dijo:

Pececillo encantado,
De brillantes colores matizado,
Mi mujer se exaspera y desgañita,
Ayúdame á sacarla de su cuita.

—¡Qué es, pues, lo que ella quiere? dijo el pez.

—¡Ah, pez de mi alma—respondió el pescador—mi mujer quiere ser..... emperatriz.

—Regresa—dijo el pescado—ya lo es desde este momento.

Volvióse nuestro hombre y cuando llegó al lugar de su morada todo el palacio estaba labrado de mármol esquisito, enriquecido con labores y estátuas de alabastro y entalladuras de oro. Numerosos soldados hacian la guardia delante de sus puertas y atronaban los aires con las fanfarrias y músicas militares. Dentro del palacio los barones, los condes, los marqueses y los duques iban y venian en calidad de simples servidores. Levantaban las cortinas y abrian las puertas, que eran de oro macizo.

Cuando entró el pescador vió á su mujer sentada sobre un trono que era todo de oro, de una sola pieza y de mas de mil piés de altura. Sobre la frente de la nueva emperatriz afirmábase una corona aurífera de tres codos de elevacion, guarnecida de brillantes y carbunclos. En una mano ostentaba el cetro y en la otra el globo imperial: á los dos costados se hallaban colocados en dos filas sus guardias por órden de talla, desde los mas enormes gigantes de mil piés de estatura hasta el enano mas diminuto, no de mayor tamaño que el dedo meñique.

Delante de ella se mantenian en pié una caterva de príncipes y grandes señores. El hombre avanzó por enmedio de ellos, y dijo:

—Esposa, ya te ves hecha emperatriz.

—Sí—contestó ella—ya soy emperatriz.

Entonces él se aproxima mas y mas delante de ella y la contempla á su sabor, y despues de considerarla embebecido un instante:

—¡Ah, mujer mia!—la dijo—¡Qué bella cosa es verte convertida en emperatriz!

—¡Qué haces plantado ahí de esa manera? Soy, es verdad, emperatriz; pero ahora quiero ser papisa. Vete en busca del pececillo.

—¡Ah, mujer! ¡Qué nueva locura es la tuya! No sabes lo que pides; tu no puedes ser papisa: solo hay un Pontífice en toda la cristiandad. El pez encantado no puede hacer tanto en tu obsequio.

—Te digo que quiero ser papisa; anda corriendo, porque es necesario que lo sea hoy mismo.

—No, no, mujer; yo no puedo decirle eso, porque es demasiado, es imposible; el pececillo no puede hacerte papisa.

—¡Cuántas palabras, marido! Ha podido hacerme emperatriz; puede tambien hacermepapisa. Corriendo, pues, corriendo; yo soy emperatriz y tú eres mi marido; ponte luego en vereda.

El pobre hombre tuvo miedo y partió; pero desfallecia su corazon y temblaba, entrábanle calofríos y le flaqueaban las rodillas y las piernas. Soplaban el viento en el campo, las nubes se amontonaban corriendo y el horizonte aparecia horriblemente sombrío hácia el ocaso. Agitábanse con estraño rumor las hojas en los árboles; levantábanse las aguas con inusitada violencia, resonando como si hirviesen; estrellábanse las olas contra los peñascos de la playa con espantoso ruido, ora alzándose con ímpetu, ora sumergiéndose bajo mugientes aguas, y para colmo de desdicha, el tímido pescador oia á lo lejos el estampido del cañon que daba la señal de alarma ó demandaba socorro. Apenas el cielo dejaba entrever una ráfaga azul en toda la estension de aquel vasto horizonte, y por do quiera siniestros nubarrones de un color de fuego anunciaban una hórrida tempestad.

En medio de tan imponente espectáculo, se acerca á la orilla y esclama con espanto:

Pececillo encantado,

De brillantes colores matizado,

Mi mujer se exaspera y desgañita;

Ayúdame á sacarla de su cuita.

—¡Y qué es lo que quiere?—le dijo el pez.

—Quiere nada menos que ser papisa.

—Vuélvete, ya lo es—respondió el pescado.

Hízolo tal como se le ordenaba, y á su arribo vió un templo inmenso rodeado de un palacio de no menor grandiosidad. Distinguió la muchedumbre del pueblo, ávida de penetrar en aquel recinto; el interior veíase iluminado por millares de lámparas y candelabros de cristal de roca y metales preciosos. Su mujer se encontraba revestida de oro desde los piés á la cabeza: asentábase sobre trono mucho mas elevado que el imperial, y ostentaba en su frente la triple corona pontificia. Rodeábala una multitud de prelados y á los costados se estendian dos filas de clérigos, de entre los cuales el mas alto y corpulento era como la mas elevada torre, y el mas pequeño como un diminuto candelero. Todos los emperadores y reyes estaban arrodillados delante de ella y besaban su chapin ó sandalias.

—¡Esposa!—esclamó el hombre contemplándola—¿es verdad que te veo papisa?

—Es verdad—contestó ella.

En seguida se colocó mas cerca de ella, y contemplándola con ahinco parecíale que miraba al sol. Despues que permaneció así como en éxtasis algunos momentos:

—¡Ah, mujer—prorumpió por fin—qué gran cosa es considerarte papisa!

Ella, en tanto, se mantenía tiesa como un tronco y llena de orgullo.

Y continuó el débil pescador:

—Ahora, mujer, estarás contenta: te ves papisa; ya no puedes desear cosa mas grande.

—Lo pensaré—respondió ella lacónicamente.

Mas tarde fueron á recogerse, pero la antigua pescadora no se encontraba satisfecha: impedíala conciliar el sueño la ambicion, y se desvelaba mas y mas pensando lo que podia ser en adelante.

El marido dormia como un lirón; habia caminado mucho durante el dia. Su mujer no cesaba de dar mil vueltas desasosegadamente toda la noche, pensando siempre en un estado mas próspero y ventajoso, sin poder atinar cuál podria ser. Mientras tanto el sol se levantaba, y cuando en medio de su fatigoso insomnio percibió la aurora se incorporó en su lecho y fijó su vista en los primeros resplandores de la mañana. Cuando observó que los rayos del sol penetraban por la ventana:

—¡Ah!—pensó en su loco orgullo.—¿No puedo yo tambien mandar al sol y á la luna que se levanten?...

Y poseída de este pensamiento:

—¡Marido!—continuó, dándole con el codo—despierta ve á encontrar al pececillo, yo quiero igualar en poder á Dios.

El hombre se encontraba á la sazón dormido; mas tal fué el espanto que le produjeron aquellas palabras, que cayó al suelo desde la cama. Con todo, creyó que habia entendido mal, por lo que, frotándose los ojos, exclamó:

—¡Mujer! ¡Qué es lo que dices?

—Esposo—respondió ella—si yo no puedo ordenar al sol y á la luna que se levanten, y si es preciso que yo los

vea alumbrar sin mi orden, no viviré tranquila ni podré gozar una hora de satisfacción.

Y diciendo esto, la miraba con un aire tan espantoso que el pobre hombre sentía correr un escalofrío por todo su cuerpo.

—Corre al instante, ¡yo quiero ser al igual de Dios!

—¡Ah, mujer, mujer!—dijo el pescador, arrojándose de rodillas ante sus plantas; el pez no tiene poder para eso. Te ha hecho emperatriz y papisa: recapítalo bien y date con eso por satisfecha.

Al oír esto la mujer ambiciosa estalló de furor: sus cabellos se esparcieron volando en desorden alrededor de su cabeza; desgarró su ropaje y da á su marido el mas soberano puntapié, gritando al mismo mismo tiempo:

—No puedo continuar así, ni quiero aguardar mas: apresúrate, ¿no quieres partir al instante?

Entonces el cuitado se vistió de prisa y corriendo y se puso á trotar como un insensato.

Mas entonces la tempestad se habia desencadenado y bramaba tan furiosa que apenas el pobre podia sostenerse sobre sus piés: las casas y los árboles se bamboleaban; los peñascos, descuajados de las rocas, rodaban con estruendo hasta el mar; el cielo aparecía tenebroso, negro como la pez; tronaba y relampagueaba; el mar hacia remontar sus olas negras al nivel de los campanarios y las montañas, y en su ruina llevaban todas una corona blanca de espuma.

Púsose en medio de tan imponente espectáculo á gritar nuestro hombre, pero con voz tan apagada que apenas el mismo podia oír sus propias palabras:

Pececillo encantado,
De brillantes colores matizado,
Mi mujer se exaspera y desgañita;
Ayúdame á sacarla de su cuita.

—¿Y qué es lo que pretende, pues?—respondió el pescador.

—¡Ah, quiere nada menos que igualarse con Dios!

—Anda, vuélvete y la encontrarás en su barraca mísera.

Y con efecto; desde entonces, y á la hora presente, todavía el pescador y su mujer se cobijan en aquella especie de pocilga.

(De los hermanos Grimm.)

BIBLIOGRAFÍA.

Lecciones familiares.—Páginas de la infancia y de la adolescencia. (1)

Tal es el título del precioso librito cuya tercera edición, con lindos grabados, acaba de ofrecer al público el distinguido literato Sr. D. Teodoro Guerrero.

El doloroso espectáculo que ofrece hoy la imprenta desbordada hace doblemente apreciables las obras destinadas á sostener los principios de la sana moral; de la fé, perseguida con un encarnizamiento semejante al de la época de los Mártires; y los dulces vínculos de la familia cristiana,

(1) Véase la página de anuncios.

tan combatidos sin descanso por los que se llaman libre-pensadores.

Por esta razón las *Lecciones familiares* es un libro que todas las madres deben apresurarse á poner en manos de sus hijos, en la seguridad de que han de sacar no escaso provecho de su lectura.

Acontece con bastante frecuencia con las obras didácticas que la aridez del estilo hace dificultosa la comprensión de la materia, inconveniente que con gran lucidez ha sabido salvar el autor de la que nos ocupa, adunando en sus cortas páginas el embeleso de la lectura con la profundidad de la sentencia.

Siguiendo la sábia máxima de Fenelon, acierta á conducir la impresionable imaginación de sus tiernos lectores por una vereda fácil cuanto florida, para llevarlos, sin que lo sientan, á un fin tan grave como el conocimiento de los deberes del Cristianismo y de las virtudes sociales; y como si aun no fuera eso bastante, posee el secreto de filtrarse dulcemente en los corazones para grabar en ellos, tal vez de una manera indeleble, los sentimientos más puros de bondad.

No nos hemos propuesto escribir un artículo crítico. Acabamos de hojear desde el principio hasta el fin con interés creciente el opúsculo del Sr. Guerrero, y al trazar estas breves líneas no hacemos otra cosa que ceder á la dulce impresión que ha dejado en nuestro ánimo su sabrosa lectura.

Séanos permitido ahora, en abono de nuestra asercion, presentar como muestra el último cuadro con que se cierra la hermosa galería de *Lecciones familiares*.

J. MORAN.

EL AMOR DEL ALMA.

«Niños, los que teneis madre, venid á mí para enseñaros á dar gracias á la Providencia porque os la conserva.

Los que no teneis madre, venid tambien para enseñaros á llorar. Mi corazón está abierto al mayor de los dolores por una pérdida que llorará toda la vida.

Mi madre murió para el mundo, pero vive siempre para mí; en mi alma está grabada su imágen; en mi pecho tiene un altar; mi pensamiento le ha levantado un trono; de mi frente nunca se borrará el primer beso que recibí en la tierra al ver la luz; ósculo santo que ha sido la estrella de mis pasos para llevarme por el camino del bien. ¡Para su amor es poco tributo toda mi alma! ¡Para su memoria es poca ofrenda una lágrima y una oración! ¡Pero yo, mísero mortal, no tengo mas que ofrecer á la que consagró su existencia entera en holocausto de mi felicidad! ¡Bendita seas, madre mia! Mi plegaria es pobre de palabra, pero rica de fervor y llegará hasta tí, que el cielo donde habitas no rechaza las bendiciones del justo. Para el cielo no hay mas galardón que la bondad, no hay mas grandeza que la de Dios, no hay mas hermosura que la virtud.

¿Sabeis lo que es una madre? Volved la cara á vuestro alrededor, y por todas partes vereis un ángel de la Guarda que os sigue y os vigila para tenderos su mano protectora.

Ese ángel de la tierra que cubre con sus cariñosas alas á la criatura que nace, que le presta calor con el soplo de sus besos, que le da por alimento su propia sangre, que le marca con los ojos y con el pensamiento el sitio en donde ha de poner el pié, que le ilumina la razón, que le abre el alma á las sensaciones legítimas, que le enseña á adorar el santo nombre de Dios, que la